



CLASE MAGISTRAL DE APERTURA DE LA CARRERA DE ECONOMÍA EN LA UNIVERSIDAD CENTROCCIDENTAL LISANDRO ALVARADO

Gerardo Álvarez

Economista. Universidad de Los Andes.
Venezuela.
Maestría en Ciencias Sociales.
Universidad de Birmingham. Inglaterra
Docente-Investigador del Decanato de
Administración y Contaduría. UCLA.
Venezuela.
gerardoalvarez34@gmail.com

Hace muchos años, uno de los economistas más brillantes del universo en el siglo XX, el británico John Maynard Keynes, hizo una descripción de lo que debe ser un economista, citado a su vez por Asdrúbal Baptista, excelente economólogo venezolano:

“El estudio de la economía parece no requerir de unos dotes especiales y con características fuera de lo común. Aún así, los economistas buenos, o incluso los competentes, son aves de las más raras. ¡Una disciplina sencilla en la cual muy pocos se distinguen!... El economista ha de ser, en algún grado, matemático, historiador, político y filósofo... Ha de contemplar y rozar lo abstracto y lo concreto en el mismo vuelo del pensamiento. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y por razones de futuro. Ninguna parte de la naturaleza humana ni de las instituciones de los hombres puede yacer enteramente al margen de sus preocupaciones...”

Pudiera interpretarse a la luz de esta caracterización inicial que un economista debe ser un profesional integral, integracionista, inter disciplinario y, sobre todo, observador, analista y estudioso. Como diría Maza Zavala, sin lugar a dudas el más brillante economista venezolano del siglo XX, el economista ha de ser un “*Científico So-*

cial”. Alfred Marshall, considerado el padre de la economía contemporánea, señaló que la ciencia económica tiene un campo de investigación claramente delimitado y no es otro que *“la vida económica de los hombres y el estudio de la humanidad en la conducta de su vida cotidiana”*. Por lo tanto, comprender el funcionamiento de la actividad económica es comprender la mayor parte de nuestro diario quehacer, toda vez que estudiar la economía es, en su acepción más sencilla, el análisis de las decisiones humanas en el área económica. Por eso es una ciencia social, porque observa, analiza y diagnostica el comportamiento humano en la inestable sociedad en que vivimos.

Sin embargo, al intentar abordar su conceptualización, no encontramos un razonable acuerdo entre los autores más representativos a lo largo de su historia. En efecto, el concepto más antiguo que se conoce fue dado por el filósofo griego Aristóteles, para quien la economía era *“La ciencia del abastecimiento que trata el arte de la adquisición”*. Es decir, se consideraba como el estudio de administrar una economía doméstica, entendiéndose esta como una gran familia. Este es probablemente el concepto más sencillo que se haya escrito jamás, pero cuán útil resulta para las finanzas personales hoy en día y fue escrito trescientos años antes de Cristo.

No fue sino hasta la época medieval cuando se amplía el objeto de la economía con el surgimiento del feudalismo, las Ciudades-Estado y, sobre todo, el descubrimiento de América. La primera escuela del pensamiento económico universal se llamó *“el mercantilismo”*

alimentado, como diría Thomas Kuhn –científico alemán–, por paradigmas que moldearon su presencia, tales como la revolución comercial, un proceso de transición de un comercio exterior rudimentario a un comercio internacional intensivo, producto de la explotación de los nuevos continentes que provocaron un abundante flujo de metales preciosos que alentó el desarrollo de una economía incipiente basada en el poder político de sus gobernantes, la creación de un Estado tan poderoso como fuese posible, producto de la riqueza fácil y la apertura del comercio hacia el exterior bajo estricto control de la Corona. La intervención del Estado en las actividades económicas se asumía como condición sine qua non. Este fue el primer enfoque que se hizo sobre la ciencia económica. Su periodo de vigencia abarcó trescientos años, hasta que fue sustituido por la segunda gran escuela del pensamiento económico universal que se denominó *“la fisiocracia”*, la cual surgió a mediados del siglo XVIII. El marco de acción o paradigma, en términos de Kuhn, que sustentó a esta corriente fue la revolución industrial en Inglaterra a partir de 1750 y la revolución francesa en 1758.

A diferencia del mercantilismo, que defendía el abierto intervencionismo estatal, la fisiocracia lo rechazaba y en su defecto propugnaban los principios de libertad económica, libre competencia y libre mercado apoyados en la filosofía de no intervención del Estado. Esta nueva concepción de la economía fue posteriormente consolidada por la tercera gran escuela del pensamiento económico universal que se llamaron *“Los clásicos de la economía”*, surgi-

da a finales del siglo XVIII. Muchos autores, entre ellos el maestro Maza Zavala, consideran que en retrospectiva, la escuela clásica inglesa –como también se le llamó–, generó una de las contribuciones científicas más importantes al desarrollo histórico de la ciencia económica. Basta nombrarlos: Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill y Juan Bautista Say, entre otros. Sus postulados se han aplicado en casi todos los países desarrollados del planeta y en muchos de los llamados subdesarrollados.

El fundamento de la doctrina clásica era lo que ellos denominaban la ley natural de los mercados, que no era otra cosa que el libre juego de la oferta y la demanda, así como la soberanía del consumidor. El mercado regulaba cuales eran las mercancías que habían de producirse y cuáles no y si se dejaba actuar, sin restricciones por parte del Estado a las fuerzas del mercado, la economía se movería por si misma hacia un estado de equilibrio permanente. Si existiese perturbación alguna, sería o bien por la interferencia de los gobiernos o por la presencia de monopolios. La oferta y la demanda eran los únicos factores que determinaban el sistema de precios en una economía. En suma, *“el mercado resuelve todos los problemas”*.

A finales del siglo XIX surge el pensamiento económico marxista con la aparición del libro *“El Capital”* en 1867 escrito por Carlos Marx. Algunos autores han señalado que el marxismo no surgió como respuesta a los planteamientos de los clásicos, sino más bien producto de las apremiantes circunstan-

cias económicas que le toco vivir. Época de crisis del capitalismo industrial emergente, de contradicciones internas del proceso productivo, duras privaciones de la clase obrera y constantes desequilibrios económicos. Marx observó otras tendencias como la concentración del capital en manos de pocos oligarcas o burgueses, como él los llamó y una masa de obreros depauperados que trabajaban en precaria situación, que llamo proletarios, así como la presencia de un considerable número de desempleados que abarataban los salarios a nivel de subsistencia, lo que los conducía a vivir en condiciones de sub-consumo, que es aquel nivel de ingresos que no se corresponde con la satisfacción de las necesidades básicas de sobrevivencia.

Esta situación lo condujo hacer planteamientos diametralmente opuestos a los ya existentes y ofrece un abordaje de la economía basado en el debilitamiento progresivo del sistema capitalista y su sustitución por el llamado socialismo científico *“que debía perfeccionarse como un modelo económico comunista, en el que era el Estado quien debería”*, como dijo años después Charles Bethelheim, *“dirigir la economía y la sociedad de manera total y exclusiva, sin la presencia del sector privado”*.

Así las cosas y bajo la égida del libre mercado, las principales economías del mundo continuaron su quehacer cotidiano sin preocuparse por las consecuencias sociales y económicas de su actividad mercantil, al punto que como consecuencia de las contradicciones internas del proceso productivo y de

los constantes desequilibrios microeconómicos que se generaron, se produjo la primera gran crisis financiera que conoció el mundo contemporáneo en 1929 y que se denominó “*la crisis de Wall Street*”. Esta crisis condujo a una fuerte recesión en la meca del capitalismo, en los Estados Unidos de Norteamérica, donde fueron a la bancarrota más de veinte mil empresas y quedaron cesantes más de diez millones de obreros. Ante estas circunstancias ¿quién podía intervenir en la salvación y recuperación del alicaído sistema capitalista? Surge entonces en Inglaterra el muy influyente pensamiento de John Maynard Keynes, quien plantea que ante este estado de caos y anarquía que amenaza al flamante signo más de los estados de ganancias y pérdidas de las empresas, por el poderoso signo menos que cuestiona seriamente la continuidad del sistema capitalista, sea el propio Estado quien intervenga en los asuntos económicos del país cuando las fuerzas del mercado resultasen insuficientes para obtener el equilibrio de la economía. Decía Keynes:

“En conclusión, afirmo que el deber de ordenar el volumen actual de la inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en mano de particulares... El estado tendrá que ejercer una influencia orientadora en la conducción de la economía”.

Nótese bien la palabra “*orientadora*” y no “*interventora*” como lo planteaba Marx en 1867 y como lo señalaron los mercantilistas a finales del siglo XV.

No fue sino hasta los llamados “*Neo-*

Clásicos”, a finales del siglo XIX cuando surgen los conceptos de economía que hoy conocemos, los cuales evidencian distintas visiones y puntos de vista de lo que es la economía y como abordarla. Alfred Marshall señaló: “*La economía es la ciencia que examina la actividad individual y social especialmente consagrada a alcanzar y utilizar las condiciones materiales del bienestar; entendiéndose esto último como la satisfacción de las necesidades de bienes y servicios*”. Este concepto, escrito a finales del siglo XIX, ofrece el primer gran objetivo de la ciencia económica, que no es otro que la búsqueda de la satisfacción de las necesidades humanas.

La poderosa visión del economista socialista polaco Oscar Lange, muchos años después, ratifica el precepto marshalliano cuando indica que: “*La economía es la ciencia social que gobierna la producción y distribución de los bienes materiales para satisfacer las necesidades del hombre*”.

Lionel Robbins, a comienzos del siglo pasado, desarrolló una nueva concepción de la economía y la consideró como la ciencia de la escasez cuando afirmó que: “*La economía es la ciencia que estudia las formas del comportamiento humano que resultan de la relación existente entre las necesidades ilimitadas que se deben satisfacer y los recursos que aunque escasos se prestan a usos alternativos*”. Bajo este nuevo enfoque, la economía puede definirse entonces como la administración de los recursos escasos de los que dispone una sociedad. Estudia las formas cómo se comporta el ser humano

ante la difícil situación de su entorno, ocasionada por la presión social existente entre las distintas necesidades que por naturaleza son ilimitadas y los escasos recursos con que cuentan los agentes de la actividad económica para satisfacerlas.

En orden con este punto de vista, nuestro maestro Maza Zavala esgrimió el siguiente concepto: *“El conjunto de actividades que realizan los seres humanos con el objeto de producir u obtener los bienes y servicios que requieren para la satisfacción de sus necesidades recibe el nombre de economía”*. No podía estar más vigente su voz y su preclaro pensamiento.

Asumiendo, como decimos los economistas, que el estudiante ha comenzado sus cursos de economía, a lo largo de la carrera, se encontrará inmerso en un cúmulo de interrogantes cuyas respuestas podrán obtenerse en el devenir de la misma. Por ejemplo: ¿Cuál es en realidad el verdadero concepto de la ciencia económica? ¿Qué enfoque debo asumir como propio? ¿Qué herramientas de investigación se necesitan para analizar y diagnosticar la economía de un país? ¿Qué son los estudios de perspectivas económicas? ¿Qué se conoce como indicadores económicos? ¿Cuáles son aquellos que permiten analizar e interpretar el comportamiento de la economía? ¿Qué son los modelos económicos? ¿Qué es la política económica? Y podría, en adición, preguntarse críticamente en estadios superiores de su carrera: ¿Es cierto, como dicen algunos autores, que el conocimiento de lo económico es imperfecto? ¿Es cierto, y con razón, que la ciencia económica

denota cierto grado de inexactitud, aunque no signifique esto que carezca de rigor científico? ¿Los modelos económicos que estudiamos y que fueron inventados en los países desarrollados pueden explicar con propiedad la cruda problemática de nuestras precarias realidades? ¿Las leyes de la oferta y la demanda se aplican en un mercado perfectamente imperfecto como el nuestro? ¿Es cierto que como decían los clásicos que el mercado resuelve todos los problemas? Marx señalaba que debía existir tanto Estado como fuese necesario y tanto mercado como fuese posible. En el caso de nuestro país, ¿cómo podría aplicarse esta máxima? Keynes, a su vez planteaba que el mundo en donde vivimos era dominado por conflicto de intereses contrapuestos, por claras tendencias hacia el desequilibrio económico y por mercados imperfectos ¿Es esto cierto? Y si así lo es, qué debe hacer el Estado para impedirlo? Galbraith señalaba que la moderna sociedad industrial estaba controlada por grandes y complejas corporaciones, tanto privadas como del Estado, con inusitado poder político y económico, que eran las que realmente imponían el consumo de bienes y servicios, influían directamente sobre los precios y dominaban el mercado. Planteaba la *“soberanía del productor”* frente a la *“soberanía del consumidor”*, como decían los clásicos.

Este postulado, se preguntaría el estudiante: ¿se aplica tanto en los países desarrollados como en los del tercer mundo? ¿Es el Estado acaso cómplice de esta situación? ¿Qué medidas de política económica deberían tomarse para contrarrestar estos escenarios?

Son tantas las razonables dudas que

lo asaltan al término de su carrera que necesariamente internalizara la necesidad de continuar estudios de post-grado y encontrar esa verdad científica que estuvo buscando desde cinco años atrás, es decir, desde que inicio su carrera de economía un día como hoy.

De vuelta al presente, es por todos hartos conocido que la realidad actual de nuestro país es muy distinta incluso a la de la década pasada. El economista de hoy debe observar la dinámica realidad con mucho tino y analizar el cambiante entorno socio-económico-político que lo circunda. Interpretarlo y sacar sus propias conclusiones en, como decía el maestro Maza Zavala, el laboratorio de su fértil imaginación, utilizando para ello las herramientas metodológicas que le han proporcionado sus estudios universitarios. Pero también debe afrontar esa realidad y plantear, a título de proposición, las distintas alternativas que su razón científica le proporcione. Es por ello que la Universidad está obligada a formar profesionales estudiosos, innovadores y críticos que no se conformen con los conocimientos recibidos en el aula de clase, sino que trasciendan mucho más allá y se transformen, en el caso que nos ocupa, no solo en economistas sino también en *“economologos”*.

Queridos alumnos y futuros colegas: *“aun el camino más largo comienza con el primer paso”*, como dijo Confucio. Ese paso, en unión de nuestro más importante punto de apoyo como lo son sus padres, lo han dado hoy y como dijo Machado: *“caminante no hay camino, camino se hace al andar”*.

Les deseo a todos el mejor de los éxitos en la carrera que hoy inician. Muchas gracias y que Dios los proteja a todos

Barquisimeto, 12/11/2010